

La interpretación de los Diez Mandamientos: Un estudio de hermenéutica especial

Thomas K. Johnson

MBS TEXTE 34 - 2. Jahrgang 2005 - Seminario Martin Bucer

La gente suele tener fuertes sentimientos respecto a los Diez Mandamientos. Hace apenas un par de años, los estadounidenses observaron el extraño espectáculo de un juez nacional que ordenó a un juez estatal que retirara una representación artística del Decálogo del palacio de justicia. Pero entonces un gran grupo de ciudadanos se reunió para protestar por la retirada. Tanto los que estaban en el poder como los que estaban en la calle tenían sentimientos fuertes y opuestos sobre la ley de Dios, lo que puede servir como una buena ilustración sobre lo que nuestro mundo siente sobre las reglas escritas en piedra: algunos las aman, otros las odian, y muchos las aman y las odian al mismo tiempo.

Posiblemente los sentimientos intensamente contradictorios sobre el Decálogo, y especialmente el odio a los mandamientos, podrían surgir de graves malinterpretaciones. Seguramente hay graves malentendidos de cada uno de los mandamientos, pero también hay graves malentendidos del decálogo en su conjunto. En quince años de enseñanza de filosofía y religión en universidades seculares, he escuchado repetidamente dos malentendidos de la ley de Dios en su conjunto. La primera dice que estos mandamientos son arbitrarios e irracionales, que no tienen ninguna relación con la naturaleza o el bienestar humanos, y que no contribuyen a la felicidad humana. Aunque rara vez se dice tan directamente, algunos parecen pensar que si quieres tener una vida miserable y desordenada, sólo tienes que seguir estas reglas anticuadas e irracionales. Este primer malentendido hace que sea importante subrayar la conexión orgánica entre el Decálogo y la ley moral natural o el orden moral creado. La segunda interpretación errónea dice que el propósito principal de los Diez Mandamientos es que la gente necesita saber cómo ganarse el favor de Dios. Si quieres ir al cielo, si quieres estar seguro de ser aceptado por Dios, si quieres superar tu culpa y tu pecado, se dice, debes guardar los mandamientos. Esta es la interpretación errónea más común del Decálogo en su conjunto, y es tan común porque está muy arraigada en nuestra naturaleza pecaminosa, la naturaleza que sigue susurrando: “Si tenemos que salvarnos, podemos hacerlo nosotros mismos”. Debido a este segundo malentendido estándar del propósito de la ley, debemos siempre enfatizar el contraste entre la Ley y el Evangelio. El evangelio nos dice que somos justificados sólo por la fe, una fe que confía en la promesa de Dios del perdón basado en la muerte y resurrección de Cristo. El evangelio nos dice que los propósitos propios de la ley deben ser algo más que decirnos cómo ganar el favor de Dios.

Entonces, ¿cuáles son los propósitos adecuados de la ley de Dios, si no es ganar la salvación? Hay por lo menos tres propósitos o usos apropiados de la ley moral que parecen resistir el escrutinio crítico, y ninguno de ellos tiene que ver con ganar la salvación. 1. La ley de Dios nos muestra nuestro pecado y la necesidad del evangelio. Esto se llama comúnmente el “uso teológico” o “uso de conversión” de la ley de Dios. Ya sea al principio de nuestra vida de fe o de manera continua durante muchos años de vivir por fe, la ley de Dios nos lleva a clamar: “Dios, sé misericordioso conmigo, que soy un pecador”. Al mostrarnos nuestro pecado, la ley nos impulsa a amar el evangelio cada vez con más fuerza, pues en el evangelio aprendemos sobre el perdón, la justificación y la adopción como hijos de Dios. 2. La ley

también restringe nuestro pecado, para que no actuemos todas las tendencias pecaminosas de nuestro corazón. Esto se llama a veces el uso “político” de la ley, usando el antiguo significado de la palabra “polis”, que es comunidad. Nuestro pecado es tan poderoso que, si no se frena, las comunidades para las que Dios nos creó se convierten fácilmente en el caos total de la “guerra de todos contra todos”. Pero la ley de Dios llega a nosotros de muy diversas maneras, algunas no tan puras, como la conciencia, la razón, la ley civil, la familia y las escrituras, con el efecto de frenar normalmente nuestro pecado, al menos parcialmente. De este modo, es un medio primordial de la gracia común o civilizadora de Dios, que hace posible la vida en sociedad la mayor parte del tiempo. Por esta razón, se le llama también el uso “civil” de la ley moral. 3. La ley de Dios también proporciona una norma o estándar para la vida de la gratitud. Debido a la tremenda gracia que se nos ha dado en el evangelio, toda nuestra vida debería ser una expresión de gratitud a Dios, pero esta gratitud necesita alguna estructura y dirección. Esto lo encontramos en los mandamientos de las Escrituras, que no son sólo la ley condenatoria, sino también, por el Espíritu, las directivas y descripciones de las nuevas posibilidades para los creyentes. La ley describe la vida restaurada que Dios quiere que vivamos para su gloria.

Debemos notar y decir una y otra vez que ninguno de los usos adecuados de la ley de Dios tiene que ver con ganarse el favor de Dios o la salvación. Hay múltiples usos válidos y buenos de la ley de Dios, y en la experiencia de la vida los diversos usos pueden tender a deslizarse juntos, pero ganar nuestro camino al cielo no es un uso apropiado de la ley de Dios.

Si los sentimientos muy fuertes sobre la ley de Dios están a menudo relacionados con interpretaciones erróneas, así como con usos erróneos de la ley de Dios, deberíamos intentar articular principios claros de interpretación y aplicación. Los siguientes siete principios han sido desarrollados por una serie de teólogos, especialistas en ética y estudiosos de la Biblia. Se presentan aquí como una especie de compendio o estudio breve para quienes no puedan leer extensamente sobre ética cristiana o hermenéutica. Los estudiantes serios querrán leer mucho más.

1. Lo negativo implica lo positivo

Muchos de los mandamientos están redactados en negativo, “no harás...” . Desde ese punto de partida, un lector maduro y con sensibilidad moral puede ver normalmente la expectativa positiva de un determinado mandamiento, lo que debemos hacer. Dado que Dios no nos hizo para ser robots o computadoras, aparentemente quiere que nos comprometamos en el proceso de considerar la demanda positiva implícita en la prohibición negativa. Por ejemplo, el mandamiento 6 dice: “No matarás” . Si eres capaz de leer este artículo, probablemente también tengas la capacidad de pensar en la demanda positiva del Mandamiento 6, que Dios quiere que protejamos y cuidemos la vida de las personas. Aunque no haya ningún detective de homicidios tras tu pista, no has terminado de cumplir este mandamiento. Se nos exige que tratemos a las personas que encontramos como imágenes o reflejos del propio Señor. Pero ni siquiera eso completa nuestras obligaciones. Tenemos que pensar en la sociedad en general. ¿Qué podemos hacer para proteger y cuidar la vida de otras personas en nuestra ciudad, nuestro país y más allá? La obediencia a este mandamiento va mucho más allá de evitar el asesinato. Debería hacernos reflexionar largo y tendido sobre lo que debemos hacer para proteger la vida y la seguridad de las personas. Hay una línea espiritual directa desde este mandamiento hasta acciones como trabajar para abolir la esclavitud, fundar orfanatos, prestar ayuda en caso de catástrofe y acabar con el aborto. Si la prohibición negativa implica y asume la exigencia positiva, podemos pasarnos la vida aprendiendo a obedecer la voluntad de Dios.

Si somos lectores moralmente sensibles del Decálogo, debemos hacer algo así con la mayoría de los diez. Comenzaremos un proceso de pensamiento, consideración y acción que puede cambiar nuestras vidas, familias y comunidades.

2 La prohibición directa de una acción dificulta la racionalización moral inadecuada

Esta es una consideración moral que también tiene que ver con la redacción negativa de los mandamientos. Se puede entender esto contrastando un principio moral muy general como la “propiedad privada” con el mandamiento de Dios, “No robarás” . Por supuesto, el principio moral general es muy bueno y tiene mucho valor en la vida y la sociedad. Pero en un momento de debilidad o tentación es mucho más poderoso para nosotros, pecadores, tener el mandamiento negativo explícito resonando en el fondo de nuestra mente. El mandamiento nos confronta precisamente en el punto de nuestra debilidad. Pone un nombre al acto pecaminoso que, de otro modo, preferiríamos dejar sin nombre y sin notar, y nosotros, pecadores, preferiríamos dejar sin nombre y sin notar nuestros pecados. Por supuesto, la confrontación negativa es incómoda para nosotros, pero precisamente esta incomodidad moral puede ser lo necesario para frenar algunos de nuestros instintos destructivos. Muchos de los mandamientos pueden reformularse como principios morales positivos y generales, y como se ha sugerido anteriormente, esto es algo bueno. Si se hace correctamente, esto será extremadamente desafiante, incluso cambiará la vida. Pero esto nunca debe reemplazar el formato negativo y de confrontación en el que Dios eligió dar los mandamientos. Con demasiada frecuencia, nuestra naturaleza pecaminosa buscará razones racionales/éticas que suenen bien para hacer lo que simplemente está mal. Entonces necesitamos ser confrontados por el divino “No lo harás” .

3 Si interpretamos los mandamientos correctamente, nos enfrentaremos a nuestra pecaminosidad

Si Dios hubiera dado los mandamientos a Adán y Eva antes de la caída en el pecado, la inquietante palabra “NO” podría haberse evitado. Pero desde la caída, todos nosotros, los hijos e hijas de Adán y Eva, necesitamos ser continuamente confrontados con nuestro pecado. Se podría decir que necesitamos conocernos a nosotros mismos como Dios nos ve, y eso significa conocernos como pecadores. Este autoconocimiento no es algo que se aprenda simple y rápidamente, como un poco de información; es un proceso continuo de aprendizaje que dura toda la vida, algo así como el proceso de aprendizaje de la sabiduría. El mandamiento dice “No lo harás” , a lo que una voz oscura en nuestras almas a veces sigue respondiendo: “Pero yo quiero” . En esta experiencia nos encontramos con uno de los lados más oscuros del pecado: a veces queremos hacer algo simplemente porque está mal. Esto nos lleva a la desagradable colisión con la pequeña palabra “no” .

Esta experiencia es una clave que nos ayuda a entender la controversia continuamente recurrente sobre la exhibición pública de los Diez Mandamientos. Si uno lee los documentos legales estadounidenses que rodean esta controversia, probablemente encontrará teorías opuestas sobre la separación de la Iglesia y el Estado. Algunos piensan que mientras el Estado no financie o promueva directamente una iglesia en particular, y mientras ninguna iglesia controle al Estado, tenemos suficiente separación de la Iglesia y el Estado. Otros parecen querer que no haya casi ningún contacto entre cualquier organismo estatal y cualquier cosa vagamente religiosa, incluso los símbolos o la terminología, un objetivo quizás imposible. Pero este desacuerdo podría ser un debate silencioso entre eruditos, si no fuera por las intensas reacciones que la gente tiene ante los Diez Mandamientos. La ley de Dios nos hace sentir culpables porque somos culpables; no hay forma de escapar a esta desagradable verdad. Si somos

creyentes, nos empuja a apreciar más profundamente el evangelio del perdón en Cristo. Pero la persona que no acepta el perdón en Cristo puede simplemente enfadarse, y esta ira puede desquitarse con las personas que tienen una reacción diferente a la ley de Dios.

4 El Decálogo es una agudización y clarificación de la revelación general de la ley de Dios a través de la creación

Normalmente deberíamos hablar de dos revelaciones de Dios, su revelación especial a través de Cristo y la Escritura y su revelación general a través de la creación. Hay diferencias muy significativas en el contenido de las dos revelaciones: la revelación especial tiene a Cristo y el evangelio en el centro, mientras que la revelación general sólo contiene vagas insinuaciones sobre la gracia; la revelación general nos da un sentido de la majestuosidad y santidad de Dios, mientras que la revelación especial nos da información mucho más específica sobre el carácter de Dios y también explica su misericordia; por la revelación especial la ley de Dios fue escrita específicamente en piedra en el Sinaí, mientras que por la revelación general su ley fue escrita parcialmente en el corazón y la mente humana. Esto significa que, aunque las personas no lo reconozcan y no les guste, saben algo sobre las exigencias de la ley de Dios. Este conocimiento llega a través de la conciencia, de los sentimientos por las necesidades de los demás, de la reflexión sobre lo que es racional que hagan las personas, de las relaciones y de las exigencias cotidianas de la vida. Podríamos llamarlo una demanda no reconocida, porque algunos no quieren reconocer que la demanda viene del Todopoderoso. Esta exigencia no reconocida es un medio primordial de la gracia común y civilizadora de Dios, que ayuda a mantener la vida en la sociedad de alguna manera humana, y que también puede preparar a las personas para ver su necesidad del Evangelio.

Debido a esta revelación general de la ley de Dios, también llamada ley moral natural, los Diez Mandamientos no son exactamente “nuevos” o “novedad”. Leer o escuchar el Decálogo es más bien como tomar un conocimiento pasivo y hacerlo activo o como tomar un conocimiento subconsciente y hacerlo consciente. Para algunos puede ser como recordar un sueño placentero, para otros es más como ser empujados a una pesadilla aterradora debido al exigente Dador de la Ley que esperaban evitar.

La gente simplemente sabe que el asesinato, el robo, la mentira y el adulterio están mal, incluso cuando tratan de defender sus acciones tontas. La gente simplemente sabe que debemos practicar el amor, la justicia, la honestidad, la fidelidad y la valentía, aunque algunos no quieran admitir que lo sabemos. Esto se debe a la revelación general de Dios. No debemos hablar como si los Diez Mandamientos nos dieran principalmente información nueva que no teníamos antes. La ley escrita de Dios toma la exigencia que antes podía pasar desapercibida y la hace más clara, consciente y precisa, a la vez que subraya que esa exigencia procede de nuestro Creador.

5 Cada uno de los Diez Mandamientos se basa en una dimensión importante del orden de la creación y la protege

Cada uno de los mandamientos hace ciertas suposiciones sobre la vida humana y el orden moral creado. Debido a la realidad de este orden creado, es posible que las personas abusen de este orden o vayan en la dirección equivocada dentro de este orden. Algunos ejemplos lo dejarán claro.

Se nos ordena: “No darás falso testimonio contra tu prójimo”. Un supuesto crucial de este mandamiento es que las palabras son poderosas y desempeñan un gran papel en las relaciones y en la

sociedad. Se trata de una dimensión o estructura distinta del orden moral creado. Parte de la imagen de Dios en nosotros es que nuestras palabras hacen que las cosas sucedan; después de todo, Dios creó todo el universo hablando. También creamos por medio de las palabras, incluidos los planes, las políticas, los objetivos, los informes e incluso las palabras que nos dirigimos sólo a nosotros mismos. Por supuesto, las relaciones se crean en gran medida por medio de las palabras. Esto es suficiente sobre el tema de la palabra para ilustrar la forma en que este mandamiento se basa y protege una dimensión particular del orden moral creado. O quizás deberíamos decir que el mandamiento nos exige ir en la dirección correcta dentro de una estructura creada.

Una segunda ilustración utilizando un mandamiento diferente puede estar en orden. En el primer mandamiento se nos dice: “No tendrás otros dioses delante de mí” . Por supuesto, este mandamiento se enfrenta a la idolatría, que es común. Este mandamiento es necesario debido a al menos dos dimensiones del orden moral creado. Primero, la gente es incurablemente religiosa. Aunque la gente no adore al Dios verdadero, difícilmente puede evitar buscar en algún lugar su esperanza, su consuelo y su sentido. Y en cuanto la gente busca esperanza y consuelo en algún lugar, convierte algo creado, algún bien creado, en un sustituto de Dios, esperando que este ídolo les proporcione lo que necesitan. Esta dimensión de la vida humana llevó al filósofo ateo Ludwig Feuerbach a decir que la principal diferencia entre los humanos y los animales es que las personas son religiosas. La idolatría no sería posible como pecado si las personas no hubieran sido creadas como seres religiosos. Este primer mandamiento se basa en esta dimensión del orden moral creado y la dirige.

El primer mandamiento también se basa y dirige una segunda dimensión del orden moral creado. Esta tiene que ver con el papel de la religión en la vida personal y cultural. La falsa religión, la idolatría, es importante no sólo porque insulta a Dios, sino también porque la religión desempeña un papel muy importante en la configuración de la vida personal y cultural. Si adoramos la paz personal y la riqueza, nuestras vidas tomarán una forma; si adoramos a nuestro Creador y Redentor, nuestras vidas tomarán otra forma. El filósofo Paul Tillich resumió algunas de las mejores percepciones sociológicas y antropológicas cuando dijo: “La cultura es la forma de la religión; la religión es la sustancia de la cultura” . Esta observación puede no ser tan penetrante y crítica como la evaluación del Antiguo Testamento de por qué la idolatría es tan terrible. Sobre los ídolos leemos: “Los que los hacen serán como ellos, y también todos los que confían en ellos” . (Salmo 135:18) El primer mandamiento se basa en una dimensión crucial de cómo Dios creó la vida humana: Nuestra elección de un objeto de culto desempeñará un papel enorme en la configuración de nuestra vida personal y cultural. Esta relación entre el culto y la forma de la vida humana forma parte del orden de la creación.

Estos comentarios sobre dos de los mandamientos deben considerarse ilustrativos de un principio de interpretación. Cada uno de los diez construye, protege y dirige nuestras acciones en relación con una dimensión o estructura particular del orden de la creación que está en riesgo a causa del pecado. Los mandamientos nos enseñan cómo utilizar adecuadamente las diferentes dimensiones de la creación y cómo movernos en la dirección correcta dentro de las diversas estructuras de la creación.

6 Los Diez Mandamientos nos fueron dados en un orden orgánico particular

El Decálogo no comienza con la prohibición del adulterio, ni termina con la norma contra la mentira. Aunque no hayas pensado en ello, probablemente percibas un cierto orden de presentación. Un poco de reflexión sobre este orden puede enseñarnos mucho sobre la vida moral y la experiencia. El primer mandamiento se refiere a los motivos más profundos de nuestro corazón, la elección de un objeto para

nuestra adoración. Este mandamiento parece estar en la primera posición porque toda la vida fluye de nuestra elección de un objeto de culto. Con un poco de exageración se podría decir que nuestra respuesta al primer mandamiento decide nuestra respuesta a los demás mandamientos. El segundo y el tercer mandamiento se basan en los principios básicos del primer mandamiento, dando mucha más definición y contenido a nuestro culto, a la vez que hablan de los problemas de que nuestro culto se mezcle con la idolatría o se desequilibre por una visión inadecuada de Dios. El cuarto mandamiento (el sábado) exige que nuestro culto incluya la expresión institucional pública de nuestra fe. No se trata sólo de un día, sino también del culto público, que requiere tener un tiempo, un lugar, un plan, instalaciones, etc. Es valioso ver que el mandamiento del sábado se sitúa entre los mandamientos que pueden ser en gran medida asuntos ocultos del corazón (los tres primeros) y los mandamientos que tratan asuntos de la sociedad pública, como robar, mentir, asesinar, etc. Este orden es muy paralelo a una característica importante de la vida: la fe de una persona comienza a transformar efectivamente su vida en parte por medio de la participación en el culto público con una comunidad de adoración. La gente puede decir que tiene una fe profunda sin que esa fe tenga mucho efecto en su vida y sus hábitos. La participación en el culto, el estudio de la Biblia, la oración, el dar, el servir y el testificar en una comunidad real con una congregación viva convierte una fe oculta en una vida transformada. El cuarto mandamiento hace pública una fe oculta y equipa a la persona para los mandatos que siguen.

El quinto mandamiento, sobre honrar a los padres, es en cierto modo similar al mandamiento del sábado. Las personas que tienen relaciones intactas con sus padres y que también guardan el sábado estarán ampliamente equipadas para guardar los siguientes mandamientos. Dicho de otro modo, es por medio de la iglesia y la familia que una fe real se convierte en un poder que cambia la vida y la cultura. E incluso aquellas personas que no comparten la vida de fe en la iglesia, pero que tienen relaciones intactas con sus padres, son mucho más capaces de guardar los siguientes mandamientos y tener una vida humana en la sociedad. Incluso sin una fe adecuada, una familia intacta es un medio de gracia común que ayuda a mantener la vida humana.

Los mandamientos seis a nueve son los principales mandamientos sociales. Su objetivo es proteger la vida, el matrimonio, la propiedad y la verdad. Aunque la mayoría de las sociedades tienen algunas normas sobre estos temas porque son fundamentales para la ley moral natural (revelada por Dios a través de la creación), estos mandamientos nos recuerdan que Dios está muy interesado en estos asuntos. Nuestras acciones en todas estas áreas glorifican o deshonran a Dios. Son las principales áreas de interés en el estudio de la ética aplicada.

El último mandamiento dice: "No codiciarás". Como descubrió el apóstol Pablo (Romanos 7:7), éste es un mandamiento diferente a los cuatro anteriores. No podemos engañarnos fácilmente pensando que lo hemos cumplido. Todos codiciamos de alguna manera en algún momento. Pero la codicia no es realmente un pecado específico, sino el deseo de cometer alguna otra acción pecaminosa. El mandamiento dice que no debemos codiciar la casa o la mujer del prójimo, remitiendo a los mandamientos sobre el robo y el adulterio, ilustrando así la expectativa de Dios de una actitud o deseo correcto en relación con todos los mandamientos. Así que el último mandamiento es un principio de interpretación de todos los mandamientos: todos los mandamientos requieren no sólo las acciones correctas, sino también los deseos e intenciones correctas. Todos los mandamientos se dirigen a las actitudes del corazón humano.

Si nos encontramos con el último mandamiento correctamente, nos obliga a ponernos de rodillas para confesar nuestro pecado, y luego nos hace volver al principio del Decálogo, para aprender que nuestro

Dios es un Dios que libera de la esclavitud. Esto significa que el orden de los mandamientos no es exactamente una línea; es más bien un círculo. Una vez que hayamos descubierto que nuestros corazones están llenos de codicia, entonces estaremos preparados para considerar adecuadamente la cuestión de una fe pura, que exigen los tres primeros mandamientos.

7 Los Diez Mandamientos contienen un diálogo dinámico entre la ley y la gracia

A lo largo de la Biblia nos encontramos tanto con el Evangelio, un conjunto de promesas de la gracia de Dios, como con la Ley, que es un conjunto de mandatos que hay que obedecer. Para que la vida de fe se mantenga en equilibrio, debemos responder continuamente tanto a la ley como al Evangelio.

Las distorsiones surgen cuando se descuida o se malinterpreta cualquiera de los dos. Lo que podemos pasar por alto es el modo en que el propio Decálogo señala la Interpretación de la vida de fe como un diálogo dinámico tanto con la Ley como con el Evangelio.

Por supuesto, los Diez Mandamientos son principalmente la ley, el esquema de toda la ley de Dios. ¿Dónde vemos el evangelio de la gracia en el Decálogo? El primer lugar es el preámbulo: “Yo soy el Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la tierra de la esclavitud” . Para los creyentes del Antiguo Testamento, el Éxodo de Egipto fue el gran acto de Dios para rescatarlos y salvarlos. En su fe, el Éxodo desempeñó un papel muy similar al que tuvo la muerte y resurrección de Jesús para los creyentes del Nuevo Testamento. Fue el acontecimiento histórico clave que sirvió de base para su redención, su fe y su identidad. Como creyentes del Nuevo Testamento casi podríamos sustituirlo por algo como: “Yo soy el Señor tu Dios que envió a Jesús para pagar por todos tus pecados” . Por supuesto, esto sitúa los Diez Mandamientos en un contexto o marco de una vida de respuesta a la gracia, una vida de gratitud. Sería un gran error que dejáramos de leer el preámbulo cuando leemos el Decálogo.

Un segundo lugar donde vemos el diálogo dinámico entre la ley y el evangelio es en el tercer mandamiento: “No abusarás del nombre del Señor tu Dios” . En algunas partes del Antiguo Testamento, y especialmente en el libro del Éxodo, la frase “nombre de Dios” tenía un significado muy particular. Se refería a un reconocimiento adecuado tanto de la santidad y la ira de Dios, por un lado, como de su gracia y misericordia, por otro. En Éxodo 34: 6 y 7 Dios proclamó su propio nombre a Moisés diciendo: “El Señor, el Señor, el Dios compasivo y misericordioso, lento para la ira, abundante en amor y fidelidad, que mantiene el amor a miles, y perdona la maldad, la rebelión y el pecado. Pero no deja impune al culpable; castiga a los hijos y a sus hijos por el pecado de los padres hasta la tercera y cuarta generación” . Esta descripción de Dios explica lo que significa su “nombre” : la comprensión cuidadosamente equilibrada tanto de la gracia de Dios como de su ira sobre el pecado. En esta descripción equilibrada de Dios vemos la base tanto de la promesa de perdón en el evangelio como de la exigencia de obediencia a su ley. Para no abusar del nombre de Dios, para hablar de él correctamente, es necesario que tengamos en cuenta tanto su ley como su evangelio, su ira y su gracia.

Una última forma de ver el diálogo entre la ley y el evangelio es en el último mandamiento. Cuando Dios dice: “No codiciarás” , lo único que podemos hacer es caer de rodillas y decir: “Dios, sé misericordioso conmigo, que soy un pecador” . Si somos honestos con nosotros mismos, la ley de Dios nos impulsará a buscar la gracia y el perdón de Dios una vez más.

8 Reflexiones

La ley de Dios probablemente siempre será controvertida entre los hombres y mujeres caídos. La gente ama u odia los mandatos de Dios, y tal vez ambas cosas al mismo tiempo. Esta compleja reacción es de esperar porque la ley confronta nuestra pecaminosidad y también nos guía en la dirección de vivir de manera consistente con la forma en que Dios nos creó para vivir. En medio de estos fuertes sentimientos, y tal vez para superar estos fuertes sentimientos, es importante tratar de interpretar los mandamientos cuidadosamente. Probablemente es sabio enfatizar siempre que la ley no es el evangelio y no es el camino para ganar la salvación, ya que los errores en este tema son tan comunes y tan graves. Probablemente también sea sabio enfatizar que los mandamientos encajan muy bien con la revelación general de la ley moral natural y con el orden moral creado. Esto ayuda a superar el malentendido que ve la ley de Dios como arbitraria o destructiva del bienestar humano. Estas ideas pueden ayudarnos a aprender a amar la ley de Dios.

Lecturas complementarias:

Hay dos estudios verdaderamente clásicos sobre la hermenéutica especial del Decálogo que los estudiantes de teología seguramente querrán leer. Son Juan Calvino, *Institutos de la religión cristiana*, libro II, capítulo 8, secciones 1 a 12 (versión final en latín de 1559, traducida por Ford Lewis Battles, editada por John T. McNeill, Filadelfia: The Westminster Press, 1960); y Charles Hodge, *Systematic Theology*, Vol. 3, Capítulo 19, secciones 1 a 3. (Publicado originalmente en 1873. Edición reimpressa, Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1986). Una excelente visión general de Calvino y de la teología reformada clásica relacionada con la ley es I. John Hesselink, *Calvin's Concept of the Law* (Allison Park, PA: Pickwick Publications, 1992).

La distinción entre ley y evangelio fue desarrollada clásicamente para el pensamiento evangélico por Martín Lutero, especialmente en su Comentario a Gálatas de 1536, que está disponible en varias ediciones. La conexión entre la ley natural y el Decálogo fue clásicamente articulada por Tomás de Aquino en su Tratado sobre el Derecho, que son las cuestiones 90-97 de su *Suma Teológica*, publicada originalmente en la década de 1270, disponible ahora en varias ediciones. Los puntos de vista de Aquino fueron seguidos sustancialmente por Calvino y Lutero, y pueden soportar el tipo de mejora de la luz sugerido por Albert Wolters en *Creation Regained* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1985).

El lema “La guerra de todos contra todos” fue probablemente acuñado por Thomas Hobbes y ocupa un lugar destacado en su obra *Leviatán* (1651). En la mayoría de las buenas antologías de lecturas de ética y teoría política se encuentran buenos fragmentos de Hobbes. La filosofía de la religión de Ludwig Feuerbach recibió su articulación más prominente en su *Esencia del cristianismo* (1841), del que se encuentran selecciones en muchas buenas antologías de historia de la filosofía. La cita de Tillich procede de “Aspects of a Religious Analysis of Culture” , en *Theology of Culture*, de Paul Tillich (Oxford University Press, 1959)

Sobre el autor

Thomas K. Johnson, M.Div. ACPE, Ph.D. sirve al Seminario Martin Bucer como Profesor de Apologética y Decano de los Programas Checos. También es director del Instituto Komensky de Praga y enseña filosofía en la Universidad Charles. Es pastor de la Iglesia Presbiteriana en América y su trabajo está patrocinado en gran parte por el Instituto Internacional de Estudios Cristianos. Johnson fue

profesor visitante de Filosofía y Psicología en la disidente Universidad Europea de Humanidades (1994-96) en la totalitaria Minsk, Bielorrusia. También enseñó teología evangélica en la facultad de teología ortodoxa de la EHU. (La EHU fue posteriormente cerrada por la fuerza por orden del dictador.) Ha sido plantador de iglesias en Estados Unidos (Hope Evangelical Church, Iowa) y pastor en la antigua Unión Soviética. Ha enseñado en nueve universidades o escuelas de teología de cinco países.